

Los cortesanos al punto
Las actitudes y gestos
Dejaron de la alegría,
Y tomaron los del duelo,
Y á vaciarse los salones
Comenzaron del inmenso
Concurso, que los llenaba
De galas, vapor y estruendo.
Villamediana confuso,
De inquietud funesta lleno,
Al retirarse saluda
Al Monarca con respeto,
Y este con una sonrisa
Lo deja aterrado y yerto;
Mientras afable despide
A los otros palaciegos.

De la desdichada Reina
La favorita corriendo
Sale por las antesalas,
Busca al Conde sin aliento,
Penetra la muchedumbre,
Le hace señas desde léjos:
Al fin le alcanza, va á hablarle,
Un papel lleva encubierto;
Cuando se para y se hiela,
Al Rey de repente viendo:
Tal queda liebre cobarde
De la serpiente al aspecto.

El gran tropel que desciende
Las escaleras, violento
Arrastra á Villamediana,
Que va delirante y ciego.
Su carroza no parece.....
En la de Orgaz toma puesto,
Y ambos Condes por las calles
(Que aún no estaban, cual las vemos,
Alumbradas con faroles)
Veloces van y en silencio.
Grita en una encrucijada
Una voz: ¡Conde! El cochero
Para al punto los caballos,
Pregunta Orgaz desde dentro:
«¿A cuál de los dos?» De fuera
«Villamediana» dijeron.
Villamediana al estribo,
Juzgando que es mensajero
De la Reina quien lo llama,
Sacó la cabeza y pecho;
Y al punto se lo traspasa
Una daga de gran precio
Con tal furor, que á la espalda
Asomó el agudo hierro.
Cayó el herido en el coche
Un mar de sangre vertiendo,
Y de su amigo en los brazos
Al instante quedó muerto.

Paris, 1833.



EL CUENTO DE UN VETERANO

INTRODUCCION

¡Oh! ¡cuán grato es el oír,
Allá en el hogar paterno,
Las largas noches de invierno,
Entre el cenar y el dormir,
Al veterano charlar,
Y sus pasadas campañas,
Envueltas con mil patrañas,
En rudo estilo contar!
En nuestra niñez primera
Embebidos lo escuchamos,
Sin que una frase perdamos,
Ni una palabra siquiera.
Y la peregrina historia
Se queda como grabada
Y jamás la borra nada
De nuestra tierna memoria.

Un veterano alcancé
Que en Italia combatió,
Y que en Veletri se halló,
Donde mal herido fué.
Y muy niño, allá en mi tierra,
Recuerdo haberle escuchado,
De sus palabras colgado,
Sucesos de aquella guerra.

Fuera el tiempo bueno ó malo
Todas las noches venia,
Y desde léjos se oía
Sonar su pierna de palo.
Era como una estantigua
Con desarrapado traje
Y restos del equipaje
De un militar á la antigua.
Del cortijo en el hogar
Muy orondo se sentaba,
Y la gente se agolpaba
En torno de él á escuchar.
Tras un sorbo de aguardiente
Encendia su cigarro,
Y de su voz de catarro
Se desataba el torrente.
Ya un asalto refería,
Estropeando los nombres
De reinos, castillos, hombres,
Mas nada le detenía.
Ora un combate, ora un duelo,
Ya el valor de un camarada,
De una patrona burlada
El amargo desconsuelo,
De un coronel el rigor,
La astucia de un asistente,
El triste fin de un valiente,
Las diabluras de un tambor.

Y una guitarra tocando
Cantaba también romances,
Con tal voz, y tales lances,
Que nos dejaba temblando.

De robos y apariciones
Varios casos repetía,
Y costumbres, que decía
Ser de lejanas naciones.

ROMANCE PRIMERO

EL AYUDANTE

El Marqués de Castelar
Entró triunfador en Parma,
Con las valerosas tropas
De Nápoles y de España.

Estas van á la cabeza,
Aquellas á retaguardia,
Y de lauro inmarcesible
Y gloria cubiertas ambas.
Desde Veletri venciendo,
Y enmendando aquella falta,
Las águilas imperiales
Van ahuyentando de Italia.

La ciudad, que á los Borbones
El más puro amor consagra,
Y que el dominio detesta
De los Príncipes del Austria,
Cual libertadoras mira
A aquellas huestes bizarras,
Y con *vivas* de entusiasmo
Las recibe y las aclama.

El alto cielo ensordecen
Las sonoras campanas,
Y á los valles y á los montes
Las músicas y las salvas.

Brillan en los balconajes
De las calles y las plazas
Ricos damascos y estofas,
Pabellones y guirnaldas.

Y aún más el vistoso arreo
De las lindas pamesanas
Ornadas de ricas joyas,
Vestidas de nobles galas.

Y hierve inmenso concurso
De la plebe alborozada,
Estrechando la carrera
Por donde las tropas pasan.

El primero que desfila
Al són de bélica marcha,

Y siempre cosas extrañas,
Jurando á fé de soldado
Todo haberlo presenciado
En sus gloriosas campañas.

Una noche nos contó
Cierta peregrina historia,
Que está fija en mi memoria
Y que á referir voy yo.

Es el regimiento insigne
De las españolas guardias:
De firme lealtad ejemplo
A sus jurados Monarcas,
Modelo de disciplina
Y de arrojo en las batallas.

De Castilla los pendones,
De tanta victoria y tanta
Gloria ya nuncios, ya emblemas,
Siguen con noble arrogancia.

Y oficiales y soldados
La atención pública llaman,
Por su belicoso porte,
Por su merecida fama.

En un cordobés morcillo
Que con espumas de plata
El pretal, brazos y pechos,
Respirando fuego, esmalta,
Recorre las compañías,
Y de un lado al otro pasa
Gallardo, vivaz, activo,
Don Juan Enriquez de Lara,
Del regimiento ayudante,
Y de tan noble y gallarda
Presencia, que por los ojos
Entra á conquistar las almas.

Esclarecido linaje,
De los mejores de España
Era el de este caballero,
Y su riqueza extremada.
En la miés de bayonetas
Se descubre su cucarda,
Como suele en la de espigas
Una amapola lozana.

De las mujeres los ojos
Doquier síguenlo, y se clavan
En su rostro y en su talle,
En su garbo y en su gracia.

Su edad á los cinco lustros
De seguro, aún no llegaba,

Pues sus facciones guarnecen
Aún más bien bozo que barba.

En rondas y en desafíos,
En pendencias y en batallas,
O con razón ó sin ella,
Siempre era un rayo su espada.
Y aunque bueno, calavera,
Y de ligereza tanta,
Que cuanto se le ocurría
Sin reparo ejecutaba.

En juego y en francachelas,
Y en aventuras galanas,

Liberalmente expendía
Sus pingües rentas de España.

Era un caballo sin freno,
Un demonio en carne humana
En tratándose de amores,
En petándole una dama.

Siendo ya tantos los lances
Que en su tierna edad contaba,
Que era su famoso nombre
Conocido en toda Italia.

Y en las calles y balcones
Lo reconocen por fama,
Y en todas partes se escucha:
Ese es don Juan, — Ese es Lara.

ROMANCE SEGUNDO

EL ALOJAMIENTO

En sus cuarteles dejando
Recogidas á las tropas,
Los oficiales y jefes
Sus alojamientos toman.

Y por las plazas y calles
Pasan, cruzan y se informan
De los números y casas,
Y de si hay lindas patronas.

Coge don Juan su boleta,
Donde está la casa anota,
Y en su fogoso morcillo
Para buscarla galopa.

Al paso dice requiebros
A las niñas que se asoman
A los balcones, donaires
A camaradas que topa;

Atropella á los paisanos,
Y las mesillas trastorna,
Al atravesar la plaza,
De las pobres vendedoras.

A su alojamiento llega,
Que es una casa de forma
Donde un caballero anciano
Muy noble y muy rico mora.

Mas en ella no hay mujeres,
Lo que á don Juan incomoda,
Recetando al boleterero,
Por esta falta, una soba.

—Cortés el patron recibe
Al huésped, que en su persona
Urbanidad y despejo
Fina educación denota.

TOMO II

Y en una vivienda rica,
Do nada falta, le aloja,
Rogándole honre su mesa,
Y que cual dueño disponga.

Lara admite agradecido
La invitación obsequiosa,
Y con frases cortesananas
Corresponde á tales honras.

Solo ya con su asistente
Se lava, atilda y adorna,
Y por registrar la calle
A los balcones se asoma.

No era la calle muy ancha,
Y estaba desierta y sola,
Por ser más de mediodía,
Que era de comer la hora.

Son las fronteras paredes
Las de un convento de monjas,
Cuya principal fachada
De arquitectura grandiosa,

A la plaza daba donde
Hicieron alto las tropas
Con sus bandas y banderas,
Y marciales ceremonias;

De los altos miradores
Viéndolo las religiosas,
Que no están como en España
En reclusión tan angosta.

Las espaldas del convento,
Frente á la casa en que mora
Don Juan, daban pues, y en ellas
Ventanas y claraboyas,

Con espesas celosías,
Que á las miradas curiosas
De imprudentes libertinos
El osado paso estorban.

Hácia una de estas ventanas
Maquinalmente se tornan
De Lara los negros ojos,
Que fuego mágico brotan,
Y al través de los estorbos
Juzga ver alguna cosa,
Como un bulto negro y blanco,
Que su atencion fija y roba.
—No se engañó. En el momento
Ve que unos dedos asoman
Por entre las celosías,
Y oye una tos sospechosa,
Y una voz sumisa luégo
Que claro le llama y nombra;
Y él corresponde con señas,
Pues el gozo le rebosa,
Pensando que una aventura
Rara se le proporciona;
Y de cierta ilustre jóven,
A quien ha burlado en Roma,
Recuerda haber entendido
Tener una hermana monja,
Que en un convento de Parma
Amargas lágrimas llora:
Pues allí la sepultaron,
No vocacion fervorosa,
Sino viles procederes
De un galan que la abandona.
Luégo oye que le preguntan:
«Decid, ¿la calle está sola?»
La registra con los ojos,
Y contesta: «Sí, señora.»
Y al punto una celosía
Se entreabre, y una persona
Que ver no pudo, tiróle
Un papel que el aire corta.
Cerrándose aquel resquicio
Con rapidez, sin que sombra

Ni nada á notarse vuelva
Detrás de la claraboya.

Coge el papel, que traia
Dentro una medalla tosca
Sólo como lastre ó peso,
Que era avisada la monja,
Y con un lápiz escritos
En limpia y gallarda forma,
Lara estos renglones halla,
Que con los ojos devora:
«Estaría tan ufana
»Con vuestro ligero amor,
»Como sumida en dolor
»Con vuestro olvido, mi hermana.
»Pues no es abultada, no,
»De vuestro porte galan
»La fama, señor don Juan,
»Que hasta mi celda llegó.
»Quiero que me conozcais,
»Y verme no os pesará;
»Sólo en vuestra mano está,
»Si de servirme os dignais.
»Esta tarde al coronel
»Da, de vuestro regimiento,
»Un agasajo el convento,
»Venid, si os place, con él.
»Y en viendo una monja allí
»Con una rosa en la mano,
»Yo soy, yo, que... Pero en vano
»Es deciros más aquí.
»Por fuerza encerrada estoy,
»No tengo ni un protector,
»Y sólo en vuestro valor
»Humilde á buscarlo voy.
»Otro papel tendreis luégo
»Dentro de un escapulario
»Que os pondrá el mismo Vicario,
»¡Tened disimulo, os ruego!
»Y sabed... Mas basta ya.
»Sois hidalgo, sois discreto,
»Sois español... el secreto
»Impenetrable será.»

ROMANCE TERCERO

EL REFRESCO

En un bajo locutorio
Que adornan hermosos cuadros,
Y muebles de terciopelo
En forma de regio estrado,

Está el Coronel de Guardias
Con su cruz de Santiago,
Y con su azul uniforme
De galones y entorchados.

El capellan le acompaña
De su regimiento, cuatro
Capitanes ya machuchos,
Y el ayudante bizarro.
Del convento la Prelada,
Parentesco, aunque lejano,
Con el Coronel tenia,
Y ha dispuesto agasajarlo.
Y su adhesión y obediencia
Al vencedor con tal acto
Manifestar, porque puede
Convenirle en todo caso.
Dos modestos sacerdotes,
Y del convento el Vicario,
Los honores de la casa
Haciendo están muy ufanos.
Y con melifluos semblantes
Al Coronel adulando,
Y segun las graduaciones
A todos los convidados.

De bronce dorada reja
Cierra el anchuroso espacio:
Lindero entre Dios y el mundo,
Término entre el siglo y claustrero.
Y detrás está extendido
Un cortinon de damasco,
Mientras acuden las monjas,
De quienes suenan los pasos.
—Descórrese la cortina,
Después de muy breve rato,
Y la comunidad toda
Descúbrese al otro lado.
Fórmanla unas veinte monjas,
Que con los velos echados,
Y con las túnicas blancas,
Y con los oscuros mantos,
Dan á la reja el aspecto
De algun espejo encantado,
Donde un coro de fantasmas
Se ve al conjuro de un mago.

La Prelada alzóse el velo
Con señoril porte y garbo,
Descubriendo un noble rostro,
Pero ya sexagenario.

Al Coronel un cumplido
Hace oportuno, aunque largo,
Y manda á las religiosas
Alzar los velos opacos.

De varios gestos y edades
Al descubierto quedaron
Los semblantes compungidos,
Todos modestos y gratos.

Uno habia como un cielo,
De tanta beldad y tanto
Atractivo, grave y noble,
Que no es fácil ponderarlo.
Tez de nácar, y dos ojos
Como poderosos rayos,
Y los dientes como perlas,
Y como coral los labios.
Y una palidez, y un todo
Tan perfecto y sobrehumano,
Que sin humillarle el alma
Era imposible mirarlo.
Esta linda religiosa,
Este prodigio, este encanto,
Una rosa nacarada
Llevaba en la diestra mano.
Con lo que Lara los ojos
Clavó y cebó en ella incauto,
Conociendo ser aquella
La que pretende su amparo.
Quedó como queda el ave
Bajo el prestigio tirano
De los ojos de la sierpe,
De quien va luégo á ser pasto.

La Prelada muy oronda
Y con gran despejo hablando,
Refirió á los circunstantes
Las misas y los rosarios
Que por los Reyes Borbones
El monasterio ha aplicado;
Y las predicciones cuenta
De varias santas y santos,
Que aseguran el dominio
De Italia en Felipe y Cárlos:
Por ser de la madre Iglesia
Hijos predilectos ambos.
Y luégo las monjas todas,
Ora en tiple, ora en contralto,
Mil sandeces refirieron,
Mil tontunas preguntaron,
Que con rubor escuchaban
Los clérigos y el Vicario,
Retozándose la risa
A los otros en los labios.

La que no habló una palabra
Indiferencia afectando,
Fué la hermosa, que el extremo
Ocupaba de un escaño.
Si era pasmoso su rostro,
Su talle era tan gallardo,
Que ni las ropas monjiles
Lograban desfigurarle.